

temente importante del destino histórico canario. Y como esto es verdad, no sobra ninguna aportación, venga de donde venga, a la democracia de nuestra república literaria. **Paloma Atlántica** es una colección necesaria, aunque no suficiente, en el proceso de recuperación de las señas de identidad del hombre canario, de un hombre que saltó del Neolítico al Renacimiento europeo desempeñando un papel de vanguardia en la empresa española de dar por primera vez, junto con los portugueses, una dimensión planetaria al mundo.

El lector que siga a todos los poetas que vienen apareciendo en **Paloma Atlántica** podrá sorprenderse de visiones contradictorias de la canariedad. Hay un largo trecho testimonial y de integración entre los acendrados versos localistas de Nicolás Estévez y los versos repletos de compromiso humanístico y político de un Pedro Lezcano o de un Pedro García Cabrera.

Paloma Atlántica es posiblemente la primera oportunidad que tienen los poetas canarios de una comparecencia coherente y colectiva ante el público peninsular. Para este público hemos de recordar que fue Canarias con su Antología Cercada, aparecida en 1947, la primera región española que dio sus frutos coherentes de protesta organizada desde la poesía contra el fascismo que nos asfixiaba a todos los españoles.

La cultura canaria —tantas veces negada por "snobs" cosmopolitizantes— es la respuesta sincera posible a una dramática contradicción que atenaza al isleño: un hombre que quiere, al mismo tiempo, ser un aislado y no serlo. ■ **PEDRO FERNAUD.**

Stendhal y Consuelo Berges

Henry Beyle, o mejor dicho, Stendhal, es un hombre al que se adora o se detesta. No hay término medio. Pues bien, Consuelo Berges pertenece a la primera categoría: la de quienes le adoran. Su amor por Stendhal ha ido cristalizando a lo largo de más de media vida dedicada al estudio de la obra del autor de **Rojo y Negro**, lo que la convierte sin sombra alguna de duda en nuestro primer stendhalista.

Consuelo Berges emprendió la traducción para Aguilar de las obras completas de Stendhal allá por el año cuarenta y tres, recién regresada de una penosa emigración en tierras francesas, de la que hoy prefie-

re no hablar. Cuatro o cinco años le llevó verter al castellano —un castellano que recoge toda la riqueza de matices del francés original— la producción literaria de Henri Beyle. Pero cuando hubo terminado, resultó que Stendhal figuraba entre los autores vitandados del Índice romano —"el mejor catálogo de obras completas existente entonces", apostilla irónicamente la Berges— y Aguilar tuvo que editarlas en México. Otra experiencia similar vivió nuestra traductora con una selección de la obra de Montaigne, que había preparado también por aquel entonces para la colección Crisol, de la misma editorial. Don Miguel de la Montaña, como le llamó Quevedo, del que se habían llegado a publicar durante su vida y en pleno período de luchas entre católicos y hugonotes hasta tres ediciones de sus obras, todas ellas con licencia eclesiástica, había sido también incluido por Pío IX en su Índice.

Pero volvamos a Henri Beyle. Sabido es que todos los años, los stendhalistas celebran en su memoria un congreso en alguno de los lugares —y son incontables— donde residió o por donde pasó aquél. Es un caso único de devoción, no ya a un novelista, sino a un personaje histórico.

Aunque le invitan a todos, Consuelo Berges ha acudido solamente a dos de esos encuentros: el de Civitavecchia y el de Lausana. En el primero, tal vez el más importante, celebrado en esa pequeña localidad próxima a Roma, donde Beyle ofició durante algún tiempo de cónsul de su país, la Berges presentó una comunicación sobre "Stendhal en la obra de Ortega y Gasset". "Nuestro filósofo era otro apasionado del francés, hasta el punto de que, como nos recuerda

Consuelo Berges, en el primer artículo de sus **Obras Completas** dedicado, sin embargo, a Valle-Inclán, se introduce ya una cita a Stendhal. Y hasta un total de treinta y seis se pueden encontrar en su obra.

De Stendhal dijo en cierta ocasión Menéndez Pidal que había ganado todas sus batallas después de muerto. En vida, su obra fue amplia y proseramente ignorada. Tan sólo consiguió ver reeditado su **Roma, Nápoles y Florencia**. De ahí lo excepcional de ese "ditirambo analítico" de setenta y dos páginas, que dedicó Balzac, en su "Revue Parisienne", a **La cartuja de Parma**, y que, viniendo de quien venía, tan profundamente emocionó al autor.

Consuelo Berges lo ha traducido por primera vez al castellano y lo ha incluido, oportunamente aligerado, al final de su edición crítica, recién publicada por Alianza Editorial, de **La cartuja**. Acaso la obra más acendradamente novelística de un escritor que admiraba a Napoleón Bonaparte y tenía como libro de estilo el Código Civil. ■ **JOAQUÍN RABAGO.**

Huelgas en el Este

Muchos están acostumbrados a creer que la lucha de clases es un producto único de los países occidentales, mientras que en los sistemas socialistas la dictadura del proletariado ha terminado con todas las formas de explotación. En contraposición con esta idea generalizada en algunos sectores de izquierda, resulta revelador el trabajo de Henri Simon sobre **La huel-**

ga salvaje en Polonia el 25 de junio de 1976 (1).

El 24 de junio de 1976, el presidente del Consejo de Ministros polaco, Jaroszewicz anunció a los diputados que el Gobierno había tomado la decisión de poner en práctica una nueva política económica, basada en el aumento masivo de los precios de los artículos de primera necesidad, excepto la leche y el pan. La entrada en vigor de los nuevos "precios reales" estaba prevista para el lunes 28, "para evitar cualquier tipo de pánico y especulación". Para su aprobación, el día 25 se reuniría el Parlamento con el fin de votar el nuevo proyecto de Ley. Simultáneamente se había previsto una consulta el día 25 entre los obreros de las fábricas polacas, donde se discutirían las propuestas del Gobierno, y en las que los encargados de exponer a las bases las nuevas directrices serían los cuadros del partido. Por otro lado se internó a todos los "reservistas" fichados por la Policía como "agitadores" y "activistas". Por fin, los medios de comunicación notificaría a los polacos "el realismo de los precios", y se apelarían al civismo de las amas de casa para que no se lanzaran a una compra masiva de víveres antes del 28 de junio.

A pesar de todas estas medidas, la respuesta obrera ante el alza de los precios tomó características semejantes a las del estallido de 1970. En aquella ocasión, el Gobierno había tenido que bloquear los precios ante las presiones populares. Pero de 1971 a 1976, el Gobierno había intentado acelerar el desarrollo industrial, mediante un aumento de la productividad y, en último extremo, de la capacidad de consumo. Polonia había pasado en pocos años de una economía fundamentalmente agrícola a una economía industrializada. El precio que tuvo que pagar por ello el Gobierno polaco fue la entrada del capital internacional en Polonia y de los créditos concedidos por Occidente. Con el desarrollo industrial aumentó el nivel económico de la clase obrera polaca y con ello su capacidad de ahorro y consumo, al mismo tiempo que se creó una nueva clase acomodada de obreros cualificados con capacidad para vivir mejor. Por otro lado, los dirigentes comenzaron una campaña basada en nuevos incentivos económicos. Pero este crecimiento económico tenía graves limitaciones que pronto se hicieron visibles: en especial, el despilfarro del excedente económico por la estructura buro-



Consuelo Berges y Stendhal.

(1) Cuadernos de la Piqueta. Madrid, 1976. 76 páginas.